

## J. M.<sup>a</sup> de Pereda y el dialecto montañés

1.—Para caracterizar el dialecto montañés se ha recurrido con demasiada frecuencia a la literatura costumbrista. Y lo mismo puede decirse respecto de otras hablas regionales. Pero este modo de proceder no es acertado, o, cuando menos, es poco aconsejable. En todo caso, la interpretación de los datos debe efectuarse con mucha cautela y no pocos reparos. No es fácil que tales escritos reflejen fielmente la realidad del habla que pretenden imitar. Generalmente exageran las notas de tipo fónico y apenas atienden a los valores puramente gramaticales. De este modo, se deforma total o parcialmente, el sistema dialectal. No obstante, si el escritor, por medio de los recursos que maneja, logra alcanzar las connotaciones que convienen a su obra, no está obligado a más. Una vez conseguido su objetivo se despreocupa de la mayor o menor veracidad de los datos. No nos sirven, pues, las obras costumbristas para conocer la realidad de los usos locales o regionales.

Las posibilidades de reflejar fielmente el habla regional en la literatura se hallan muy limitadas. Podemos reducir las diversas situaciones a dos casos-tipo extremos. Unas veces se trata de escritores que no conocen la práctica ni la teoría del sistema que pretenden imitar. En este sentido, se hallan irremisiblemente condenados al fracaso. Manejan sólo el vocabulario que se les ofrece y algunas notas sueltas, especialmente

de carácter fónico, fruto de sus observaciones. Pero allí siguen presentes las estructuras morfosintácticas propias del sistema que rige en el autor. Consideraciones semejantes podríamos extender a los demás aspectos de la lengua. Las «palabras», por ejemplo, son manejadas artificiosamente ante la imposibilidad de comprender los especiales valores semánticos que les confiere la particular organización del sistema dialectal. En el extremo opuesto se halla el escritor capaz de expresarse oralmente en el mismo lenguaje que pretende literaturizar. Pero aun así, la transposición del lenguaje familiar o coloquial a la escritura no se resuelve con facilidad. La situación en que se encuentra el escritor le condiciona, le exige el sistema correspondiente al nivel escrito. Aunque pretenda transcribir su propia habla, es muy probable que le cieguen las reglas conforme a las cuales está acostumbrado a leer y escribir desde niño. Las estructuras se encuentran muy próximas, de aquí que en muchos momentos las construcciones que no convienen a la perspectiva en que se halla situado pasen desapercibidas. Dicho de otro modo, la reflexión sobre la realidad hablada no nos descubre de inmediato sus peculiaridades fonéticas, morfosintácticas y léxicas. Menos aún si no somos especialistas experimentados. Estamos educados en y para la «norma correcta», y básicamente en el lenguaje escrito. No es fácil apartarse de los esquemas escolares. Cuando pretendemos hacerlo apenas avanzamos más allá del plano expresivo. Es curioso observar, a propósito, un hecho significativo, de experiencia propia, que viene a corroborar estas apreciaciones. El siguiente. Las personas inteligentes de escasa o nula instrucción toman conciencia de inmediato cuando alguien les descubre los rasgos característicos de su habla. Los cultivados reaccionan de otra manera. En principio, dudan o niegan que pueda existir algún valor de contenido «extraño» en el uso que hacen de la lengua. Aquellos, como es natural, tienen más arraigado el dialecto y carecen de interpretaciones previas. Estos otros, en cambio, manejan varios registros (la variedad local, muy amortiguada, sólo se manifiesta en el medio familiar) y juzgan los hechos sin apartarse de los conocimientos escolares.

Pero aún conviene recordar algunas situaciones intermedias que contribuyen notablemente a desfigurar la realidad dialectal en las obras escritas. De un lado, observamos que el autor costumbrista, en la práctica, es una persona de cultura que no habla la variedad «pura» del dialecto; como mucho, se expresa coloquialmente mediante un registro híbrido de dialecto-norma común. De otra parte, comulga con la creencia, muy difundida, en la unidad y homogeneidad del dialecto dentro de las fronteras de cada región o provincia. En consecuencia, se falsea la realidad. No se tiene en cuenta la diversidad lingüística en el seno de la comunidad regional.

2.—Las diferencias entre las modalidades hablada y escrita son advertidas especialmente por aquellos autores que intentan novelar la realidad viva. No es de extrañar, pues, que Pereda y los realistas de su época tomaran conciencia clara de tales divergencias y se esforzaran en superar las dificultades. Bástenos recordar las agudas y atinadas observaciones que hace al respecto don Benito Pérez Galdós en el prólogo a *«El sabor de la tierruca»*. Dice así:

«Si Pereda no poseyera otros méritos, bastaría a poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolo con arte y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos a su lado. Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Por otra parte, la Prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables

diferencias entre *la manera de escribir y la manera de hablar*, diferencias que son desesperación y escollo del novelista. En vencer estas dificultades nadie ha adelantado tanto como Pereda: ha obtenido maravillosas ventajas, y nos ha ofrecido modelos que le hacen verdadero maestro en empresa tan áspera. Cualquiera hace hablar al vulgo; pero ¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversación de duques resultan ordinarios: Pereda, haciendo hablar a marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos, finuras y maticas de estilo que a nada son comparables».

Creemos con Pérez Galdós, cumplidos aparte, que José María de Pereda es un adelantado maestro en este aspecto. Maneja el lenguaje popular con singular acierto. Los «giros dialectales» y «formas coloquiales», que abundan y acentúan la nota de realismo, no disuenan en ningún pasaje y siempre resultan adecuados a los temas y al espíritu de la obra. Nuestro distinguido novelista alcanza felizmente la finalidad que se propone con el empleo de este recurso. Ello, sin embargo, no debe hacernos pensar que, en su papel de artista, se halle obligado a transcribir fielmente la realidad viva del habla; empresa, por demás, poco menos que imposible.

3.—A falta de otros materiales, se han utilizado repetidas veces las novelas de Pereda para conocer el habla típica de la Montaña<sup>1</sup>. Este modo de obrar ha llevado a los lingüistas a facilitar datos que no responden al verdadero funcionamiento del sistema regional. Para interpretar los rasgos dialectales que proporciona el novelista, hay que tener en cuenta lo siguiente:

A/ Pereda es un escritor, no un lingüista. La variedad regional aparece en sus obras como un elemento connotativo: enmarca el ámbito geográfico, resalta la nota realista y estratifica las clases sociales. No necesita preocuparse exce-

(1) Cf. P. de Múgica, *Dialectos castellanos: montañés, vizcaíno, aragonés*, Berlín, 1892; R. Menéndez Pidal, *El dialecto leonés*, 2.ª ed., Oviedo, 1962; A. García-Lomas, *El lenguaje popular de la Cantabria Montañesa*, 2.ª ed., Santander, 1966; G. de Granda, «Las vocales finales del dialecto leonés», *TDRL*, t. II, Madrid, 1960.

sivamente de las diferencias comarcales dentro de la región ni tampoco de que los datos sean siempre verídicos y exhaustivos. El mismo papel juegan en todas las novelas de ambiente montañés( las que ahora nos interesan), y sin embargo no fluyen en cada una de ellas con el mismo grado de intensidad y exactitud.

B/ Se trata, ciertamente, de aproximar la realidad hablada a la lengua escrita. Pero no precisamente de remedar el lenguaje conversacional, sino, más bien, de reflejar «gráficamente» ciertas características léxicas y fónicas típicas del dialecto, las cuales, en definitiva, se incorporan al libro sin que sufran modificaciones excesivas las «formas» del lenguaje escrito y el sistema del escritor.

C/ Finalmente, es necesario conocer las relaciones del escritor con el dialecto que literaturiza. Pereda es un gran observador de la lengua. Recoge datos con notable precisión y los maneja con soltura y general acierto en sus novelas. Pero no habla el dialecto del pueblo montañés (por lo menos en sus niveles populares) ni llega a percibir con suficiente claridad las variedades que individualizan las diversas comarcas de la provincia. En este sentido, se halla próximo (aunque no en el extremo) al primero de los casos-tipo que distinguíamos arriba. No se propone transcribir su propia habla, sino una variedad en parte ajena a él. Veámoslo en los puntos que siguen.

4.—La vida de D. José María de Pereda transcurre plácidamente en un medio social, económico y cultural elevado. Nace en Polanco (1833), como es bien sabido, y cuando apenas cuenta diez años, la familia Pereda se traslada a la capital de la provincia. Su educación es esmerada. En Santander y Madrid recibe la adecuada formación intelectual<sup>2</sup>. Como es

---

(2) Para la vida y obra de Pereda hemos consultado: Ricardo Gullón, *Vida de Pereda*, Editora Nacional, Madrid, 1944; y los estudios de José María de Cossío, *La obra literaria de Pereda. Su historia y su crítica*, Santander, 1934; «Estudio preliminar» a las *Obras Completas* de José María de Pereda, 5.<sup>a</sup> ed., Aguilar, Madrid, 1948; *La obra literaria de Pereda* (Conferencia), Torrelavega, 1954; «Selección y estudio» a *José María de Pereda*. Antología de escritores y artistas montañeses, Santander, 1957; y «Prólogo» a *Pedro Sánchez*, Clásicos Castellanos, núms. 144-145, Espasa-Calpe, Madrid, 1958.

lógico, en el medio en que se desenvuelve adquiere un nivel de lengua superior, muy distinto al que poseen las clases populares de su tierra natal. Pereda es consciente de ello. Se aleja intencionadamente de la peculiaridad montañesa e incluso la desprecia. En carta dirigida a don M. Tamayo y Baus, secretario de la R. Academia Española, con fecha 5 de noviembre de 1875, expone así la estimación que le merece el lenguaje de su tierra:

«←→ creo muy conveniente ... someter a la consideración de V. S. ... algunas ligeras observaciones acerca de la índole especialísima del lenguaje vulgar de esta provincia.

De todas las de España que no tienen dialecto propio y aun exceptuando, entre las que le tienen, únicamente aquellas en las cuales se habla el vascuence, la de Santander es, a no dudar, la que más desnaturaliza y afea el castellano en su lenguaje común. ...

A poco que se fije la atención en esta *música*, se advierte que es menos chocante, y hasta imperceptible a veces, en la parte central de la provincia; más atenuada y no desagradable, en la occidental, e insufrible algarabía en la oriental. ...

Como excepción del centro, puede muy bien señalarse la capital, donde se *canta* la frase, sobre todo por las mujeres del pueblo bajo, en escala ascendente, con una rápida cadencia final, del peor efecto. ... Por lo que hace al lenguaje en sí, tiene lo peor de cada región, más los resabios propios del de todo puerto de mar.

... y a más de lo que queda dicho acerca de la vocalización verdaderamente insoportable en la mayor parte de la provincia»<sup>3</sup>.

Se excluye de la censura la zona occidental de la provin-

(3) El escrito de Pereda lo exhuma don Ramón Menéndez Pidal en «Un inédito de Pereda. Observaciones sobre el lenguaje popular de la Montaña», *BBMP*, t. XV, 1933. (Se trata sólo de un borrador, por esta razón la prosa no es muy buena. La redacción final se perdió entre los papeles de la Academia).

cia, donde Pereda cree descubrir frases «de sabor tan anticuado que parecen tomadas de los viejos romances». Años después eligirá esta área para escenario de «*Peñas arriba*».

El menosprecio del lenguaje popular, como nota Menéndez Pidal, tiene su explicación en la mentalidad de la época. Dado que nos parece un juicio muy acertado( que puede extenderse a los demás aspectos y explicarnos la visión negativa y caricaturesca de las primeras obras de Pereda), lo reproducimos en la prosa del eminente filólogo:

«Pereda, al hablar así era un prisionero de las ideas de su generación. Hay que comparar por ejemplo otro juicio que Pereda formula en *Tipos y Paisajes* acerca de las aptitudes artísticas del pueblo en general, con el juicio igualmente negativo y despectivo que por entonces mismo expresaba Carducci, escritor que, sino tanto como Pereda, había también convivido mucho con los campesinos. Es que a la divinización del pueblo llevada a cabo por las generaciones románticas, sucedía una reacción violenta de que todos participaban.

Claro es que Pereda, cuando dejaba las ocasionales cuartillas de filólogo para tomar las de novelista, no hallaba sino fresca expresiva en el lenguaje vulgar; pero siempre su manera de tratarlo (comicidad, ironía, caricatura), está muy distante de los efectos más elevados y profundos que buscan en el habla del pueblo los escritores de generaciones posteriores, como Unamuno y Valle Inclán»<sup>4</sup>.

Pero no sólo el lenguaje popular le parece despreciable a Pereda. En sus años jóvenes no sentía tampoco excesivo entusiasmo por su tierra. En 1853 escribía desde Madrid a su primo Domingo Cuevas:

«¡Ay Mingo! Preciso es que te confiese que aquí, cuándo por fas, cuándo por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte, y que, al fin y a la postre, llega uno a mirarla con demasiado apego, y lle-

---

(4) *Id.*, p. 145.

gará el día en que se la sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña»<sup>5</sup>.

Ricardo Gullón, en su libro *La vida de Pereda*<sup>6</sup>, se hace eco asimismo de estos extremos:

«Le tomó a Madrid el sabor antes que a la *tierruca*... A su vuelta se aburría sin que pudieran remediarlo ni los amigos de otro tiempo ni su familia». (Cap. III).

Menos le atrae aún la vida de aldea. Así lo indica Gullón en la obra citada:

«No le gusta mucho convivir con los aldeanos, esto es evidente». (Cap. III).

Y años después, añora en el pueblo las tertulias con sus amigos de Santander; desde su retiro de Polanco escribe a Menéndez Pelayo (3-VIII-1877):

«Quisiera que avisaras a Mazón mi visita, y que éste, a su vez, se la comunicara a Galdós. Parece que se me esponja el ánimo encogida cuando *parrafeo* un poco con vosotros»<sup>7</sup>.

El desapego de Pereda por las cosas de su tierra se desvanece poco a poco y va siendo sustituido gradualmente por sentimientos de simpatía, complacencia y afecto. Y de aquí al entusiasmo amoroso que desprende «*Peñas arriba*». El camino que conduce el desdén hasta el amor se observa a lo largo de su obra en múltiples aspectos: en el tratamiento de los personajes, descripción del paisaje, aprecio de la vida aldeana e, incluso, dignificación del lenguaje popular. Sírvanos como ejemplo un dato sencillo: la figura de *Chisco*, en «*Peñas arriba*», es tratada por Pereda con especial afecto e, incluso, nos atreveríamos a decir, con admiración; y, precisamente,

(5) Véase en las obras citadas en nota 2.

(6) Op. cit. en nota 2.

(7) Véase la publicación de M.<sup>a</sup> Fernanda de Pereda y Torres-Quevedo y Enrique Sánchez Reyes, «Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo», *BBMP*, t. XXIX, 1953, p. 233.

es uno de los personajes en que apura al máximo la expresión dialectal.

Aun con todo, Pereda siempre se mantuvo distante de las clases populares, como implicaba su linaje hidalgo. Cito de nuevo a Gullón:

«Las cosas marcharon mejor de cuanto su natural pesimismo esperaba. De vez en cuando, y aun ahora, alguna nubecilla revoloteaba, pero, por fortuna, no siempre seguida por la tempestad. En esta ocasión de *La puchera* unos cuantos bobos y algún incauto dieron por de buena ley la conseja del novelista que, entre campesinos, anda a la caza de dichos, agudezas y terminachos, para trasplantar tal sustancia a sus libros.

Se le pintó vulgar y campechano entre los aldeanos de Polanco para, así, «documentarse», y esta fábula, tan radicalmente inverosímil y opuesta a su temperamento, creída por algunos de sus amigos lejanos, como el catalán Ixart, les hacía pensar con asombro en cómo se compaginaba tal afición a la sociedad campesina con el gusto por la culta conversación y el trato ingenioso que le conocían. Otras veces se molestó Pereda de que se le supusiera tan alejado de su normal manera de ser y de vivir, pero después de *La puchera* tales dichos y rumores fueron tan solo motivo de contrariedad que advirtiendo a un amigo su presente indiferencia por ellos asegurábale que «algo más me desazona una cojera con que volvió a casa una de las mulas de mi coche».

Sin embargo, en la opción no pocos preferían la rústica leyenda a la poco poética realidad... la idea que ciertos contemporáneos tenían formada del novelista; una imagen borrosa y falsa de escritor montaraz, amigo y compañero de marineros y aldeanos, opuesta a la verdad del hombre casero, aislado en reducido círculo de amigos y cofrades, tanto ciudadano como vecino de aldea». (Cap. XI).

Estas anotaciones de carácter biográfico nos prueban so-

bradamente que Pereda no participaba del dialecto montañés. Indudablemente, disfrutaba de un registro más cuidado, aun cuando el sustrato regional, muy amortiguado, pudiera estar presente de algún modo.

5.—El estilo novelesco que cultiva Pereda le exige atención continua a los detalles de la realidad lingüística (y a otros aspectos que no hacen al caso). Sin duda, repito, es un excelente observador de la lengua. Aparte de los abundantes materiales recogidos en sus obras, son especialmente reveladores los juicios que emite en el escrito enviado a la Academia. Transcribimos las ideas que convienen al respecto:

«Por de pronto éste [el dialecto montañés] no se distingue por un acento determinado; tiene muchos, y tan varios, que han hecho decir a más de un observador, dejándose llevar de las primeras impresiones, que este pueblo no habla, sino que canta.

A poco que se fije la atención en esta *música*, se advierte que es menos chocante, y hasta imperceptible a veces, en la parte central de la provincia; más atenuada y no desagradable, en la occidental, e insufrible algarabía en la oriental; en cuyas tres regiones debe, en mi concepto, dividirse la Montaña, o provincia de Santander, para estudiar los principales caracteres y accidentes de su lengua popular.

Obsérvese en seguida que el sonsonete que hiera el oído en la parte oriental es un *jeijii*, que resulta de convertir la *a* en *e*, y aun la *o* y la *e* en *i*, como en «¿abajesti, hembri?, pos veti a la juenti»; por «¿bajaste, hombre?, pues vete a la fuente», ejemplo en que la *o* de hombre recibe un sonido que si bien no es claro el de la *e* tampoco hay otra vocal con que escribirle, ni que más se le parezca.

En la parte central es distinto el sonsonete, aunque hay ligeras cadencias comunes a las tres regiones... y tal parece ser el desasosiego que el montañés de esta comarca siente al pronunciar la *j*, y tal la necesidad de

esta letra, que no solamente prefiere las palabras que la tengan y hasta la pone en las que no la necesitan, sino que la pronuncia con tal empuje que parece arrancarla del estómago.

Del mismo jandalismo, y por la propia causa, adolece el lenguaje en la parte occidental, sólo que en esta, no solamente se dulcifica por los acentos, ordinariamente agradables, sino por el uso de frases menos incorrectas. Algunas hay de sabor tan anticuado que parecen tomadas de los viejos romances... Frases no menos dulces abundan en la conversación, que formando extraño contraste con palabras tan duras y desagradables como *mozón*, por novio o cortejante... prueban bien a las claras del acento y del estilo de la provincia de Oviedo; como que en esta región, como en ninguna otra, hay mucho también lo prueba la costumbre de posponer al verbo el artículo indicativo, y la de anteponer el pronombre, como se hace en Asturias, y al revés en lo que se acostumbra en el resto de esta provincia: «*¿trajístele?, ¿diérote?* Yo no sé cómo *me* componer para salir de este apuro». Todas estas y otras locuciones parecidas son de procedencia asturiana, provincia limítrofe con la de Santander por aquella parte, o por un extremo de ella al menos.

Por la misma razón de vecindad hay en la región del centro, y en su parte confinante con las provincias de Burgos y Palencia, grandes influencias castellanas, y en la oriental, en su límite rayano con Vizcaya, desaparece el tonillo característico y ya se acentúa la frase a la manera de los colindantes en aquella provincia. Pero tal influencia concluye en dicha limitadísima zona, al paso que la asturiana y la castellana se dejan sentir, más o menos, en toda la provincia.

Como singularidad de la parte oriental caben citarse los *pasiegos*, cuyo lenguaje no es un dialecto como algunos han creído, sino una exageración extremada del modo de hablar de los montañeses entre quienes viven.

Como excepción del centro, puede muy bien señalarse la capital, donde se *canta* la frase, sobre todo por las mujeres del pueblo bajo, en escala ascendente, con una rápida cadencia final, del peor efecto. A este modo de hablar se llama en los pueblos inmediatos *pejín* o *pejino*. Desgraciadamente no es la música lo que más desagrada en este lenguaje de *pescadoras* y *cargueras*... Los hombres son menos vehementes y no exageran tanto los acentos. Por lo que hace al lenguaje en sí, tiene lo peor de cada región, más por los resabios propios del de todo puerto de mar.

El contagio del acento pejino llega en Santander, si bien se observa, hasta las mujeres, y no tanto hasta los hombres, de la clase que sigue inmediatamente a la popular, y que no es todavía la clase media. aquí donde no hay aristocracia; pero este contagio no es repugnante en sus efectos. modificados por la educación. Por lo demás, el castellano que se habla en esta ciudad por los hombres de alguna ilustración, es, en cuanto cabe, puro de todo acento y vicio provincial, como sucede entre las personas también ilustradas de los pueblos de la misma región; al contrario de lo que se observa en la occidental, y especialmente en la oriental. En ésta no se libran del contagio del sonsonete *trasmerano* ni los que pasan la vida viajando después de haber frecuentado colegios y universidades, si por ventura aprendieron a hablar en su país natal.

Como vicios generales del dialecto montañés, o comunes a las tres regiones, pueden citarse, entre otros menos característicos, la sustitución de la *o* por *u* cuando en aquella vocal termina la palabra; la supresión de la *d* en los finales en *do* o en *da*; el uso de los diminutivos en *uco*, *uca*, *in*, *ina*, como *hombruco*, *casuca*, *sombrerín*, *chaquetina*; la omisión del «Usted» en algunos tiempos del verbo, como *óigame*, *me entendió*, o *entendíome?*; el uso del artículo además del pronombre posesivo, como en *la mi casa*, *los tus praos*; la presencia de la *i*. sino en toda palabra, en toda frase por breve que sea, el afán

inmoderado, la manía de las interlocuciones, salvedades y apoyaturas...

El montañés es por naturaleza afable, comunicativo y un tanto presuntuoso, y en sus conversaciones no trata solamente de hacerse comprender, sino también de no molestar y dejar un recuerdo honroso de su discreción y «buen decir». De aquí sus interminables narraciones: «Pues, señor, que resulta *de* que, como quería decirle y le iba diciendo, y usted perdone, ha de saberse... que me dijo un vecino... y voy y salto y digo...», etc.

Si el montañés tiende a la pedantería, como es frecuente, y entonces ya trata hasta de hacerse admirar, llena sus lucubraciones de todo género de rimbombancias, tales como *retaporcionando*, *al respetive*, *del consiguiente resultante*, *contingente al ojeuto*; y dirá por un prado grande, un prado *eminente*, y llamará al hombre *persona humana*, y dirá de una bestia de buena estampa que tiene gran *personal*, etc., etc.

El pleonasma no se escusa aquí para nada, y además de los salir *ajuera*, entrar *adrento*, *abajar* abajo, se dice, por ejemplo, *corre corriendo*. Hablando de un sitio lejano dicen allá *lantón*, y de uno muy próximo *cercuca de aquí*...

Todos estos ejemplos y otros mil que citarse pudieran demuestran bien a las claras que el desbarajuste en los períodos, el desaliño en el método, la superabundancia de locuciones..., si montañesas en su construcción, castellanas puras en sus palabras; el sin número de repeticiones de una misma y todo género de interjecciones, aifibologías y muletillas, y sobre todo, y a más de lo que queda dicho acerca de la vocalización verdaderamente insoportable en la mayor parte de la provincia, son los detalles que constituyen el carácter típico de este lenguaje popular... Por eso, no en una misma región, ni en un mismo pueblo: en una misma casa no se pronuncia una palabra de igual modo por dos individuos, excepción hecha de aquellas tradicionales, muy pocas, que sir-

ven para designar ciertos objetos de uso común; pero tengo observado que estas excepciones alcanzan a poco más de un pueblo, o de un ayuntamiento. Fuera de este radio, aunque se acepten como montañeses, no se usan y quizá no se entienden»<sup>8</sup>.

Sorprenden estas anotaciones de Pereda. Prácticamente dejan entrever (interpretaciones aparte) todas las ideas que hoy manejamos en el campo de la dialectología. Referido al ámbito de la provincia, advierte diferencias espaciales (zonas central, oriental y occidental), socio-culturales (clases popular, media, aristocrática; personas ilustradas...) y de estilo (mujeres / hombres); observa la «continuidad» de los dialectos provinciales o regionales, los grupos sociales (campesinos / marineros), el campo frente a la ciudad, el uso de vocablos restringido a la aldea o al valle, las «incorrecciones» al imitar el modelo elevado (*contingente al ojeuto* ...), los «vicios» del lenguaje coloquial (y *voy y salto y digo, salir ajuera* ...), etc.

Los datos reales que proporciona son también bastante acertados. Como ejemplo, dos notas a resaltar: *a*) la aspiración es más acusada e intensa en el centro y occidente de la provincia; en la zona oriental, los restos de /F-/ inicial latina son escasos y de realización velar<sup>9</sup>. Y *b*), el habla de los pasiegos, efectivamente, no es un dialecto extraño a la provincia. Se trata sólo de la variedad local de un grupo humano que, probablemente, por circunstancias históricas (y geográficas) ha conservado mejor (e incluso acentuado en algún punto) los rasgos típicos «del modo de hablar de los montañeses entre quienes viven».<sup>10</sup>

A pesar de todo, Pereda no debía de conocer con suficiente profundidad el dialecto montañés, ya que no lo hablaba. Además desconocía prácticamente la provincia y no se relacionaba más de lo imprescindible con las clases populares.

---

(8) Cit. en nota 3, pp. 150-155.

(9) Cf. Lorenzo Rodríguez-Castellano, «El estado actual de la H aspirada en la provincia de Santander», *Archivum*, IV, Oviedo, 1954; Francisco García González, «Sobre la aspiración en la provincia de Santander», *Publicaciones Inst. Etnografía y Folklore (Institución Cultural de Cantabria)*, IV, Santander, 1972.

(10) Cf. Ralph J. Penny, *El habla pasiega*, Londres, 1970.

Probablemente, algunos de los datos que anota en su eventual quehacer lingüístico los obtuvo a través de terceras personas. Tal parecen indicar estas líneas al comienzo de su carta:

«Más en reposo ya el ánimo, y después de haber adquirido las noticias necesarias con la atención que exige el asunto, para los casos dudosos que no podía resolver mi propio conocimiento práctico de la provincia, remito a V.S...»<sup>11</sup>.

La vida de Pereda en la Montaña transcurre entre Santander y Polanco, con breves estancias en Comillas, en casa de sus primos. Los viajes por la provincia, efectuados principalmente por el occidente, son rápidos y aislados. No tiene, pues, conocimiento directo, amplio y profundo, de la Montaña y sus gentes, costumbres y lenguaje. Esto es incuestionable. Nada mejor que las propias palabras del novelista para confirmarlo. En carta dirigida a Menéndez Pelayo, con fecha 25 de enero de 1886, dice así:

«No sé si habrás notado que continúan esos periódicos dando por seguro, como lo han dado casi todos los de España, que estoy escribiendo una novela, con un prólogo tuyo, titulada *Los de Pas*. Fue noticia del día de Inocentes, dada por un periódico de esta ciudad. Lo más singular del caso no es que la noticia corra tanto como va corriendo, sino que *debía* ser cierta, porque en aquella región de la Montaña y entre aquellas gentes hay una novela que yo debía escribir, pero que no escribiré jamás, porque ni del paisaje ni del paisanaje sé mucho más que del imperio de la China»<sup>12</sup>.

Y algunos años más tarde, en carta datada el 18 de noviembre de 1892, le anuncia al eminente polígrafo el proyecto de una nueva novela, «*Peñas arriba*», en los siguientes términos:

«Yo ando algunos días hace metido con pocos alientos y de mala manera, en el empeño de una novela, no

(11) Cit. en nota 3, p. 149.

(12) Art. cit. en nota 7, pp. 298-299.

ya montañesa, sino *montaraz*, de entre lo más enriscado de la cordillera Cantábrica; pero el poco conocimiento que tengo de aquellas regiones y la consiguiente dificultad de circunstanciar sus *cosas*, unido a las contrariedades mecánicas que este *tailer* me ocasiona a cada instante, son trabas que no me dejan andar al paso que yo acostumbro, ni con la seguridad que se necesita cuando se va derechamente a *alguna parte*»<sup>13</sup>.

Y, en fin, en el libro de R. Gullón (además de que puede aplicarse aquí lo que hemos reproducido arriba) se lee lo siguiente:

«los viejos mareantes santanderinos, a quienes no conoció más que de vista; apenas si una o dos veces pudo conversar con ellos». (cap. IX).

6.—Indudablemente, la variedad de habla local mejor conocida por **Pereda era la de Polanco** y sus alrededores. En este marco geográfico se desarrollan algunas de sus mejores novelas, como *La puchera* y *El sabor de la tierruca*. Introduce en ellas abundantes rasgos rialectales, pero no los apura al máximo, sólo emplea los que considera oportunos para caracterizar sus personajes. No aparece, por ejemplo, la /-u/ final (huyendo, quizás, de un rasgo que conceptúa, en aquellos momentos, excesivamente vulgar para recogerlo en el género novelesco), a pesar de que nuestro autor sabe que se trata de «un vicio general o común a las tres regiones» en que puede dividirse la provincia. Estos hechos nos confirman lo que apuntábamos arriba: los escritores costumbristas, desde su perspectiva de artistas, no necesitan incorporar todos los rasgos dialectales.

Acerca del habla de Polanco tenemos un curioso y sencillo testimonio que conviene reproducir. El siguiente:

«El dialecto de Cumbrales que ya apenas existe, era suelto y chispeante, de gran facundia y finura descriptiva, con exuberancia de colorido, giros y modismos pin-

---

(13) *Id.* p. 337.

torescos; más parecido al leonés que al asturiano. Hablaban cantando, como dicen del montañés los andaluces, y eran muy sustanciosos.

El *uco* era tan frecuente como no creyeran los folcloristas modernos. Rara vez tenía el *uco* carácter despectivo como el *ucho*. Más bien lo usaban para cosas pequeñas; «un bujeruco» (agujero); y para cosas ruines de mucho avío: «la mi casuca»; y para cosas de especial cariño, aunque fuese una vaca grande que se hubiese despeñado: «esborregóse la mi vacuca» y lo ponían hasta en los verbos; «jumiucu (hijito mío), corre corrienduco y güelvi callanduco»; y en los adverbios: «anda en seguiduca».

Conste, sin embargo, que mozucos y mozucas no eran los mozos, sino los nenes desde que nacían hasta que rompían los primeros calzones, puesto que después eran críos y llegada la pubertad, pasaban a mozos.

En Cumbrales abreviaban mucho el lenguaje: «Puí, Nel puquí» (por aquí, Manuel, por aquí); convertían muchas veces la *e* en *i* y algunas la *j* en *f*: «¿Juisti el fuevis a la juenti?»; y cambiaban de sílaba a la *r* «*probes de nos*», «*trato*»<sup>14</sup>.

Se observan características como: frecuencia del sufijo /-uco/ (mejor, /-ucu/); artículo ante posesivo; pronombre átono enclítico; presencia de /-i/ final, incluso en plurales; variación /f - j/ ante /ue-, ui/; metátesis de /r/ y pronombre tónico en su forma simple arcaica.

7.—Considerando las reflexiones previas y los datos reunidos, vamos a analizar con algún detenimiento, en el aspecto que ahora nos interesa, una de las últimas novelas de Pereda y tal vez la más celebrada: «*Peños arriba*». Cuando don José María escribe esta obra es ya un autor maduro, con dominio perfecto del español y experiencia suficiente en la observación y manejo literario del lenguaje popular. Precisamente,

---

(14) Sixto Córdova y Oña, «La vida en Cumbrales», *BBMP*, t. XV, 1933.

los rasgos dialectales tienen mayor acogida que en ninguna otra novela. Con ello, Pereda consigue acentuar la nota de realismo y hasta una acertada caracterización lingüística de las clases socio-culturales. (Compárense, por ejemplo, los niveles de lengua respectivos en *Chisco / don Celso / Neluco el médico*)<sup>15</sup>.

En el examen e interpretación de los dialectalismos tenemos presentes, fundamentalmente, dos hechos ya señalados: a) Pereda es un novelista; no pretendamos encontrar en sus obras un calco del dialecto. Y b) Apenas conocía la zona de Tudanca (*Tablanca* en la novela), escenario de «*Peñas arriba*». El autor mismo lo confiesa en carta dirigida a Menéndez Pelayo (véase § 5). También lo confirman los estudiosos de su vida y obra. Tan sólo una vez estuvo en Tudanca. La visita tuvo lugar durante la campaña electoral que realizó por tierras de Cabuérniga, Liébana y valles Nansa en el año 1871 (más de veinte años antes de que comenzara a escribir la novela)<sup>16</sup>. Con las impresiones recibidas en aquel viaje, más los datos que le proporcionaba su primo Domingo Cuevas y los sucesos recogidos de labios del propio Chisco (Francisco Andrés) compuso don José María su célebre novela «*Peñas arriba*». <sup>17</sup>.

El estudio dialectal puede realizarse en sus tres vertientes: rasgos de expresión, morfosintaxis y léxico. No nos detendremos ahora en este último aspecto, sólo nos fijamos en los dos primeros, y ello parcialmente<sup>18</sup>.

7.1.—Los rasgos más destacados del plano expresivo que se observan en la novela y las consideraciones oportunas se resumen en los siguientes puntos:

(15) Cf. J. L. García Arias, «Norma lingüística en La pata de la raposa», *Archivum*, XXV, 1975.

(16) Véanse los estudios de R. Gullón y J. M.<sup>a</sup> de Cossío citados en nota 2. También, J. M.<sup>a</sup> de Cossío, «La historicidad de Peñas arriba», *BBMP*, t. XV, 1933. Pereda fue diputado carlista por el distrito de Cabuérniga en las Cortes convocadas tras la revolución de 1868.

(17) Cf. los trabajos citados en la nota anterior.

(18) Para algunas cuestiones de léxico, véase D. R. Wagg, «Pereda and the montañés dialect», *Hispanic Studies in Honour of Joseph Manson*, Oxford, 1972, pp. 269-275. (También D. R. Wagg llega a la conclusión de que Pereda sólo conocía superficialmente la variedad occidental de Santander).

a) Vocales cerradas en final de palabra. Aparecen con mucha frecuencia /-u, -i/ en posición final. Es este uno de los rasgos generales que caracterizan al dialecto leonés, según apreciaciones de Menéndez Pidal<sup>19</sup>. Aquí nos interesa señalar que es común a toda la Montaña, si bien no se encuentra con el mismo grado de intensidad e idéntica distribución en las distintas comarcas.

—La vocal velar cerrada /-u/ es muy corriente en «*Peñas arriba*». Se encuentra en el singular de nombres, adjetivos y verbos: *cuerpu, malu, deju*; en combinación con plural: *picachus, eyus, altus, estus, encontremus, vamus*; como terminación del neutro: *esu, eyu, lu*; en gerundios y participios: *pisandu, (hemus) pasau, venciú*; y con adverbios: *muchu, abaju*.

Pero estos usos no se corresponden con la realidad del habla. En los valles occidentales de Santander, las realizaciones abierta y cerrada de la serie velar se distribuyen del siguiente modo: se articula /-u/ en posición final absoluta de nombres (con algunas excepciones, como *domingo, mano*), adjetivos (en su función habitual y nominalizados), participios (en función adietiva y como parte integrante de una forma verbal), adverbios (no todos) y en el pronombre /lu/ (masc. singular); en las demás ocasiones tenemos /-o/. Como ejemplos: *cuerpu, malu, el malu, lo malu, venciú, (hemos) pasau, despaciú, lu vimos*; pero *picachos, eyos, altos, estos, los malos, vencios, encontremos, vamos, deju, sigo, segó* (este caso concreto también en la novela), *eso, eyo, lo vimos* (neutro), *pisando y corriendo*.

¿Cómo puede explicarse el desajuste entre novela y realidad?. Caben varias respuestas: 1.<sup>a</sup>) el dialecto se ha transformado bajo la presión del castellano común. La variedad actual no es idéntica a la que podría encontrarse a finales del S. XIX. Este razonamiento es válido, sin duda, para algunos aspectos del lenguaje, pero debe descartarse en nuestro caso. Si las vocales velares finales han tendido a la realización abierta, ¿por qué se han fijado /-u, -o/ sistemáticamente en determinadas situaciones, incluso con valor distintivo en al-

---

(19) *El dialecto leonés*, § 2.2.

gún caso (lu/lo)?, ¿cómo se explica que pocos años después Manuel Llano transcriba acertadamente los usos de /-u, -o/ de acuerdo con lo que hoy se observa en la realidad?<sup>20</sup>. Interpretación 2.<sup>a</sup>) Los autores costumbristas exageran notablemente los rasgos fónicos típicos del dialecto<sup>21</sup>. Este puede ser el caso de José María de Pereda, máxime teniendo en cuenta que no hablaba como los personajes populares de sus obras. Nuestro escritor percibe la elevada frecuencia de /-u/ final en el habla, y extrema el fenómeno sin detenerse a observar las posibles excepciones. Simplemente pretende acentuar la nota realista, como escritor no le preocupa la fidelidad al hecho lingüístico. Hipótesis 3.<sup>a</sup>) Pereda generaliza a otras zonas de la provincia los usos de Polanco y su comarca, bien conocidos por él. Este supuesto parece más acertado que los anteriores (aunque, quizás, viene a sumarse con el 2.<sup>o</sup>). En efecto, en Polanco y alrededores (y, a grandes rasgos, en la mitad oriental de la provincia), remitiéndonos al habla de las personas mayores de escasa o nula instrucción dedicadas al campo, la vocal cerrada final, según he podido comprobar personalmente, se realiza en todos los casos registrados en la novela. He aquí algunos datos recogidos sobre el terreno: *yugu, duru, tiempus, otrus, ellus, lus, estu, ellu, lu, ya hablamus antes, lu supu, no le he vistu, encustrau* («incrustado»), *segandu, allí dentru, a menudu, etc., etc.*

Aunque Pereda tuvo oportunidad de conocer directamente el habla de Tudanca en boca del propio Chisco, así como otras variedades de la región en distintas ocasiones, no se fijó nunca, según parece, en las diferencias intercomarcales que

(20) Preparamos un estudio, análogo al presente, acerca del dialecto montañés en la obra de Manuel Llano.

(21) Lejos de estas zonas encontramos un ejemplo muy ilustrativo (dado el paralelismo de las situaciones) perfectamente interpretado por M. Alvar López. En su libro: *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*. puede leerse: «La -o final se cierra de una manera casi sistemática;... el paso de -o > -u es frecuentísimo. En todas las islas se cumple el proceso, que llega al cierre total de la vocal en muchas ocasiones y cuyo carácter no ha pasado desapercibido a los autores de literatura regional, que usan de él de manera insistente. Pancho Guerra escribirá *gediondu, cochinu, mou, viendu, etc.*, con notoria exageración, pues si bien es constante el cierre de la -o final nunca llega a realizarse como tal -u.» (§ 18.1). Y en nota a pie de página añade: «En las *Memorias* llega a cerrar la o en u cuando hay una -s final (que naturalmente nunca se pronunciará en el habla coloquial): *blancus, malinus, años, tiempus, etc.*».

presenta la distribución de las vocales finales velares. Sus observaciones son siempre de carácter general:

«Como vicios generales... o comunes a las tres regiones, pueden citarse... la sustitución de la *o* por *u* cuando en aquella vocal termina la palabra». (Cf. arriba, § 5).

Y en «*Peñas arriba*», cuando intenta describir el habla característica de sus personajes, lo hace también generalizando los rasgos fónicos:

«De igual modo que en la cocina de mi tío se hablaba en todo el lugar por chicos y grandes, viejos y mozos. Como nota característica de aquel lenguaje, la *hh* como *jj* y las *oo* finales como *uu*: *verbigracia*, *jermosu* y *jormigueru* por hermoso y hormiguero». (Cap. VIII).

—Los mismos razonamientos que hemos hecho con /-u/ nos sirven para explicar el empleo de /i/ en final de palabra. En la novela es frecuente: *boqueti*, *nochi*, *hombri*, *esti*, *esi*, *vivienti*, *montis*, *malis*, (*déje*)*li*, *pidi*, *sabi*, *sueli*, *majamenti*, *enfrenti*, *palanti*, etc., etc.

Actualmente, en Tudanca (y comarcas vecinas que conocemos mejor) se oye /i/ final clara en pocas ocasiones: *esti*, *esi*, *nochi*, *lechi*, *bebi*, *cai*, *trai*, etc. Y además, en estos casos, excepto en los demostrativos, no se produce con regularidad en la comarca ni siquiera en el hablante individual. En el resto de las palabras lo más corriente es la realización fonética [ə], es decir, una /e/ cerrada y relajada que no llega a traspasar el umbral de /i/.

En la zona de Polanco creo que es algo más acusado el cierre de las palatales en posición final. Aún se percibe la /i/ con timbre bastante claro en palabras como: *lumbri*, *nochi*, *hombri*, *genti*, *montis*, *esti*, *esi*, *pa dali más calor*, etc. Y en el testimonio escrito que reproducimos arriba, se recoge como una de las notas más llamativas (véase § 6).

b) Inestabilidad de la vocal átona no final (en general, tiende a armonizarse con la tónica) y epéntesis de /i/ en la terminación. Se trata de dos fenómenos corrientes en las ha-

blas leonesas (y en otros dialectos hispánicos), los cuales se observan con facilidad prácticamente en toda la Montaña. Apenas se reflejan en la novela que comentamos: *curriente*, *dispués*, *nusotros*; y *moriu* (se puede interpretar como «muro»; en Polanco no fue aceptada, y en Cabuérniga sólo hemos anotado *muriazgu* «montón de cantos». Cf. *DRAE*: *muria*).

c) Conservación de /h/ aspirada procedente de /F/ latina. En el texto, lógicamente, se grafía con «jota». Los ejemplos son abundantes: *jayar*, *jechu*, *ajuye*, *jambre*, *ajuegue*, *joya*, etc.

Es rasgo característico del leonés oriental, si bien no ofrece en todas las zonas la misma realización. En el centro y occidente de Santander aún se conserva como sonido aspirado<sup>22</sup>. Pereda utiliza la letra *j* para representarlo o para referirse a él (véase arriba, § 5). Sin embargo, es consciente de que no se articula como la velar fricativa sorda castellana (fórmula /x/<sup>23</sup>). En el citado escrito a la R. Academia, se lee: «el montañés de esta comarca... al pronunciar la *j* ... parece arrancarla del estómago». (Cf. § 5). Se encuentra también la aspiración ante los diptongos /ue-/ , /ui-/ , en palabras que el castellano conserva la /F-/ ; así: *juente*, *juerza*, *juimos*, etc. En este contexto, es decir, precediendo a la semiconsonante [w], se articula un sonido aspirado con labialización, debido a lo cual se halla muy próximo a la realización de /f/<sup>24</sup>. Así se explica la aguda observación fónica acerca del habla de *Cumbrales*: «convertían ... algunas veces la *j* en *f*: ¿*Juisti el fuevis a la juenti?*». (Cf. § 6).

(22) Véase nota 9.

(23) A lo largo del trabajo, como está claro, no empleamos sólo las barras oblicuas (/.../) en su uso habitual fonológico; por ello, cuando nos referimos a las unidades distintivas lo hacemos expresamente.

(24) En la mitad occidental de la provincia, al parecer, la /f/ tiende a la realización bilabial (más acusada, lógicamente, ante [w]), y la aspiración de la /h/ se articula con los órganos bastante próximos y en una zona generalmente elevada. Por ello, el sonido que se produce ante [w] se halla emparentado con ambas realizaciones. Infectado o favorecido por la bilabialidad, velaridad y relativa abertura de la semiconsonante, se resuelve en una variante bilabio-velar acompañada de aspiración. En unos casos predominará el rasgo labial y en otros, sin embargo, la aspiración.

d) Yeísmo. Es muy acusado en la novela: *yevaba, jayar, coyá, vayi, aqueyu ya está ayí, yanu*, etc., etc.

Y en efecto, los valles del Nansa y del Saja, así como las tierras bajas de la costa comprendidas entre estos ríos, son yeístas (Tudanca, Rionansa, Los Tojos, Valle de Cabuérniga, Ruento, Valdáliga, Cabezón de la Sal, Comillas, Ruiloba, Alfóz de Lloredo, etc.). También confunde desde antiguo Santander ciudad. En Polanco, sin embargo, no hubo yeísmo en épocas pasadas. Aún se mantiene la distinción entre los mayores. Pereda tenía conciencia del fenómeno y lo utiliza acertadamente para caracterizar los personajes de sus obras. En «*Peñas arriba*» son yeístas los personajes típicos, pero no el señorito Marcelo, el médico o el cura, pongamos por caso. En «*El sabor de la tierruca*», cuya acción transcurre en el marco geográfico de Polanco, los nativos se expresan con /ll/ (es decir, /l/) y /y/ (fonema /y/), por ejemplo: *Y oyendo tocar el bígaru..., y no viendo por allí pastor que pudiera hacerlo, fuese detrás del son, y yéndose detrás del son... llegó a un campucu muy majo*. (Cap. XV). Pero «el Sevillano» es claramente yeísta: *¡Como no tenemoj ahora quien nos guarde la eparda, como teníamoj ayé no gayeamo tanto!; Otro arrempujonsiyo, y aunque sea poco a poco, ayégate acá...* (Cap. XXV).

El yeísmo que aparece en «*Peñas arriba*» es consecuencia de los viajes de Pereda por el occidente de la región. Además, conoció (y escuchó) personalmente a algunos de los personajes que retrata en la novela. Así, «a Chisco (llamábase Francisco Andrés, pero por Chisco era conocido de todos) le trató en Comillas. Chisco, sirviendo en la casona [de Tudanca], solía ir de recadista a Comillas a la casa de don Domingo Cuevas y allí hubo de conocerle Pereda y escuchar de sus propios labios sus sucesos»<sup>25</sup>.

e) Pérdida frecuente de la /-d-/ intervocálica (conservada en castellano) procedente de /-T-/ y /-D-/ latinas. Por ejemplo: *apañau, arrimaus, vencíu, ganau, peazus, madrugá, coyá, meicu, aentru*, etc. Es fenómeno corriente en el habla monta-

(25) J. M.<sup>a</sup> de Cossío, «La historicidad de Peñas arriba», *BBMP*, XV, pp. 115-6.

ñesa. Pereda lo utiliza asimismo en otras novelas ubicadas en escenarios distintos.

f) Grupo latino intervocálico /-MB-/ conservado en numerosas palabras. En «*Peñas arriba*» se emplean términos como: *lomba*, *cambadas*, *lombíos*, *el güey suelto bien se lambe*, etc. Es rasgo general del leonés, según Menéndez Pidal. Prácticamente se extiende por toda la región cántabra. Puede observarse en otras novelas de Pereda, por ejemplo: *cambas*, en «*El sabor de la tierruca*», y *cámbaros*, en «*Sotileza*».

g) En algunas voces, los grupos romances /-P'T-/ y /-T'C-/ ofrecen como resultado /-l + consonante/, al igual que en el resto del leonés. Se pueden señalar en «*Peñas arriba*»: *acaldar* y *mayoralgu*. Unas cuantas palabras de este tipo, tales como: *acaldar*, *caltener*, *diel dar - yeldar* (aquí de < /-V'T-/), etc., se encuentran aún por la mayor parte de la provincia. En el occidente son de uso corriente. En Polanco hemos recogido: *acaldar* y *yeldar - yelda*. También han sido anotadas en los municipios pasiegos<sup>26</sup>. Pereda las emplea en otras novelas de ambiente montaños.

h) La tercera persona singular del presente de indicativo de los verbos en /-er/, /-ir/ pierde regularmente la /-e/ final tras /n, l, r, z/. En la novela los ejemplos son abundantes: *tien*, *vien*, *convién*, *sal*, *val*, *paez*, *diz*, *quier*, etc.

Es fenómeno general en el dominio lingüístico leonés. Se mantiene vigente en las comarcas occidentales de Santander, especialmente en los valles del interior. En el centro y oriente, sin embargo, apenas existe. Entre los pasiegos sólo es frecuente la forma *tien*, y ocasionalmente aparecen *val* y *güel*<sup>27</sup>. No lo he podido constatar en el habla espontánea de Polanco. Cuando lo propuse de manera directa, fueron aceptadas únicamente, y con ciertas reservas, estas dos formas: *tien* y *val*. J. M.<sup>a</sup> de Pereda no se hace eco del fenómeno en las novelas que sitúa en Polanco. Probablemente es un rasgo que conoció en sus viajes por el occidente de la región.

(26) R. J. Penny, op. cit., § 84.

(27) *Id.*, § 126.

i) La /-r/ final del infinitivo se pierde ante pronombre enclítico. Los ejemplos son numerosos en «*Peñas arriba*»: *jacelu, temeli, rozasi, probase* («probarse»), etc.

Es rasgo general del leonés. Común a toda la Montaña y muy arraigado aún en el lenguaje popular. Pereda pudo conocerlo muy pronto sin necesidad de moverse de su pueblo natal.

j) El pronombre átono se pospone al verbo, especialmente al comienzo de frase. En la novela que analizamos es corriente: *pos espantáronse, tomaríale usté por..., confúndilos, gústali el oreu a lo mejor, y soléase un pocu, etc.*

Es rasgo común con el español antiguo (medieval y clásico) y con el asturiano actual. Hoy día se mantiene en el occidente de Santander, especialmente en los valles altos del Nansa y Deva; en el resto de la provincia se oye raras veces. Quizá se trate de un fenómeno en regresión. En tiempos de Pereda probablemente tenía mayor vitalidad (téngase en cuenta que se extendía por los dominios del castellano y del leonés). Lo curioso del caso es que nuestro autor lo utiliza también en otras novelas de ambiente montañés, escritas con anterioridad a «*Peñas arriba*», y, sin embargo, en sus noticias acerca del dialecto santanderino, lo reduce exclusivamente al occidente (véase § 5).

k) Posesivo antepuesto precedido de artículo. Es muy frecuente en la novela: *del nuestro vayi, esa es la mi casa, etc.*

Es rasgo común con el castellano antiguo y con el leonés actual. Se encuentra muy vivo aún en toda la región cántabra. Pereda lo introduce en todas las novelas montañesas. Sabe de la presencia del fenómeno en toda la provincia. (Cf. § 5).

l) Pervivencia de los arcaicos /nós/ y /vós/, tónicos y simples. En «*Peñas arriba*» se recogen varios testimonios: *enfrenti de nos, pobres de nos, a cincuenta brazas de nos, etc.*

Este fenómeno se conoce también en el bable asturiano y en tierras de León, Zamora y Salamanca. Probablemente era de uso general en la Montaña no hace muchos años, pero en

nuestros días posee escasa vitalidad. Compite en clara desventaja con las formas compuestas /nosotros, -as/, /vosotros, -as/ en las comarcas occidentales y en los montes pasiegos. En Polanco, los más ancianos admitieron fórmulas como: *cerca de vós, probes de nós*. En las observaciones arriba transcritas acerca del habla de *Cumbrales*, se encuentra esta última expresión: *probes de nos*. (Cf. § 6).

m) Sufijo /-ucu, -a/ con valor afectivo. Aparece en la novela: *mozuco, parleteruca, yanaúca, Lituca, Neluco*, etc., etc.

Es típico de la Montaña y se mantiene aún vigente. Se encuentra en todas las obras costumbristas de ambiente montaños, y no sólo en las novelas de Pereda. Asimismo, los estudiosos de la lengua que se han preocupado de nuestra región han resaltado siempre esta característica.

En resumen: hemos intentado analizar e interpretar algunos de los rasgos dialectales más sobresalientes de «*Peñas arriba*», especialmente referidos al plano expresivo. Para ello, hemos cotejado el texto escrito con la realidad hablada de Tudanca y Polanco, así como del resto de la provincia. Establecemos también comparaciones con el leonés general, ya que, desde la perspectiva que observa los hechos Menéndez Pidal (y autores posteriores), el dialecto cántabro se halla incluido en aquel ámbito lingüístico<sup>28</sup>. Conclusión: como era de esperar, los dialectismos incorporados son de varia procedencia, dejando a un lado los rasgos comunes a la provincia, unos son exclusivos de la zona occidental, donde se sitúa la novela, y otros, sin duda, proceden de la comarca de Polanco<sup>29</sup>.

7.2.—El estudio morfosintáctico nos descubre de inmediato las diferencias esenciales que existen entre el sistema dia-

(28) En este sentido conviene recordar otros hechos: a) el dialecto montaños participa de algunos rasgos comunes al leonés general, pero la gran mayoría de «sus» características están en la base del castellano; b) Algunos de los datos aquí discutidos, que definen al leonés, se encuentran aún vivos en el dominio castellano; c) puede tratarse de simples arcaísmos, desde la perspectiva del castellano; etc., etc.

(29) El cotejo podría efectuarse a la inversa: partir de los datos reales y observar su acogida en la novela. De este modo quedarían al descubierto, además de las «falsedades», numerosas omisiones (en nuestro caso, tales como los resultados *merezo, conozo*, etc. de los verbos incoativos). Cf. ahora R. Penny, *Estudio estructural del habla de Tudanca*. Tubinga, 1978.

lectal y el lenguaje de los personajes locales de la novela. En este campo, sólo analizaremos el siguiente punto: el uso de los pronombres átonos de tercera persona singular en función de implemento (= complemento directo = objeto directo)<sup>30</sup>.

En los valles altos del occidente de Santander, y por consiguiente en Tudanca, escenario de «Peñas arriba», se conserva aún el uso de los pronombres de acuerdo con los valores que refleja el paradigma I:

/LU/ referente de nombres «contables» con artículo *el*  
 /LO/ referente de nombres «no contables» + «neutro»  
 /LA/ referente de nombres «contables» con artículo *la*

Por ejemplo: «*al osu*»... *ve(r)«lu»* // «*el pan*»... *roe(r)«lo»*, «*el/la maíz*»... *deshoja(r)«lo»*, «*la ropa*»... *lava(r)«lo»*, «*eso*»... *ya «lo» sabía* // «*la lengua*»... *saca(r)«la»*.

Las formas y valores típicos de la zona de Polanco, vigentes aún entre los campesinos de edad avanzada, los reproduce el esquema II:

/LI - LE/ referente de nombres «contables» con art. *el*  
 /LU/ referente de nombres «no contables» + «neutro»  
 /LA/ referente de nombres «contables» con artículo *la*

Por tanto: «*al osu*»... *ve(r)«li - le»* // «*el pan*»... *roe(r)«lu»*, «*el/la maíz*»... *deshoja(r)«lu»*, «*la ropa*»... *lava(r)«lu»*, «*esu*»... *ya «lu» sabía* // «*la lengua*»... *saca(r)«la»*.

Debido a la presión del español común, los paradigmas I y II han confluído en un mismo resultado<sup>31</sup>. En la actualidad, la solución más generalizada en ambas zonas la resume el modelo III:

(30) Cf. Francisco García González, «El leísmo en Santander», *Estudios ofrecidos a E. Alarcos Llorach*, t. III, Universidad de Oviedo.

(31) Buscamos claridad y sencillez en la exposición, pero más acertado hubiera sido presentar los valores de los paradigmas I, II y III del siguiente modo:  
 /lu/, /le - li/, /le/ Masculino ↗ — «determinado» —→ Femenino /la/  
 /lo/, /lu/, /lo/ Neutro ——— «indeterminado» —lexicalizable en nombres «no contables»  
 —no lexicalizable («neutro» en sentido castellano).

/LE/ referente de nombres «contables» con artículo *el*

/LO/ referente de nombres «no contables» + «neutro»

/LA/ referente de nombres «contables» con artículo *la*

Así: «*al osu*»... *ve(r)«le»* // «*el pan*»... *roe(r)«lo»*, «*el/la maíz*»... *deshoja(r)«lo»*, «*la ropa*»... *lava(r)«lo»*, «*eso*»... ya «*lo*» *sabía* // «*la lengua*»... *saca(r)«la»*.

Pero conviene señalar aún otra posibilidad más evolucionada. En el habla de las generaciones jóvenes, en la expresión familiar de las personas cultas y en las situaciones comunicativas que requieren algún cuidado (como, por ejemplo, la manifestación escrita) se ha llegado a un modelo próximo al castellano. Han desaparecido las «discordancias» extrañas al español general, a saber: /lo/ referido a femeninos «no contables». El resultado, posible en una y otra zona, lo recoge el paradigma IV:

/LE/ referente de nombres «contables» con artículo *el*

/LO/ referente de nombres «no contables» con el art. *el* + «neutro»

/LA/ referente de nombres con artículo *la*

Como ejemplo: «*al oso*»... *ver«le»*, «*el gol*»... «*le*» *metió* Z. // «*el pan*»... *comprar«lo»*, *vendía «vino»... para que cada consumidor «lo» bebiera en su casa*, «*eso*» ya «*lo*» *sabía* // «*la ropa*»... *para poner«la»*, «*la carta*»... *hay que escribir«la»*.

En «*Peñas arriba*» la situación es distinta. No se acomoda a ninguno de los modelos anteriores. El sistema que maneja Pereda es completamente leísta. Queda así expuesto en el esquema V:

/LE/ referente de nombres masculinos

/LO/ referente de neutro

/LA/ referente de nombres femeninos

Por ejemplo: «*el camino*»... *mi caballo se «le» sabía de memoria* (cap. II), «*ese estudio*»... *¿cómo «le» hago?* (cap. XXXI) // «*Lo que falta*» *hay que subir «lo» a pie*, «*Mucho le estorbaba la pluma entre los dedos*», y bien «*lo*» *revelaban*

*la rudeza de los trazos... (cap. I) // se dirigió a «la alacena»... y «la» abrió con una de las llaves... (cap. XVIII), no se les olvidaría el aguardiente ni algo de alimento sólido, ni de «ropa seca» si «la» había a mano... (cap. XXI).*

Cuando se refiere a sustantivos masculinos, nuestro escritor utiliza casi exclusivamente /le/. Según el recuento que he efectuado (atendiendo, en este caso, naturalmente, a las digresiones del autor y al habla de los personajes que no se expresan dialectalmente), sólo emplea /lo/ en cuatro o cinco ocasiones (caps. VIII, XIX y XXVI)<sup>32</sup>.

Pues bien, el habla que Pereda pone en boca de los vecinos de *Tablanca* no se aparta de estos valores. El paradigma es, pues, idéntico al V:

/LE - LI/ referente de nombres masculinos

/LO - LU/ referente de neutro

/LA/ referente de nombres femeninos

Copo ejemplos: «*el osu*»... *Tomaría«le» usted por un cantu gordu... el que no está avezau a ver«li» de esi arti, confúndilos (cap. II), iba a busca«li» a «usté» a su mesma sala, cuando «le» healcontrau en el caminu (cap. XIX), dende que tuvi dientis pa roye«li», estoy ganandu«el pan» en casa ajena (cap. XX) // «Esu» es lo que yo no sé..., ni pué que «lo» sepa él tampocu (cap. VI), «¿Y dónde están...? —Sábe«lu» Dios (cap. XXII). —Pero ¿está usted «segura de que era él»?... —¡Ay, señor!, aunque no «lo - lu» hubiera estau entoncis, que bien «lo» estuve, he tenío motivos pa estar«lu» después acá. (Cap. XXV) // «la lengua» me partiera en dos con los mesmus dientes míus si «la» viera en tentaciones de parláselu (cap. XVII), y está «mucha de la maíz» sin deshojar, y hay que deshojar«la» (cap. IV).*

(32) Hemos realizado los recuentos simultáneamente en dos ediciones distintas: *Obras completas (con un estudio preliminar por J. M.<sup>a</sup> de Cossío)*, Aguilar, Madrid, 1948; y *Peñas arriba*, 5.<sup>a</sup> ed., C. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1969. Conviene señalar que no hay coincidencia absoluta en ambos textos, pero las divergencias son mínimas y, desde luego, no afectan a las conclusiones generales. Véase ahora F. Marcos Marín, *Estudio sobre el pronombre*, Madrid, 1978; esp. las págs. 241-248, donde analiza el uso de los pronombres en «Peñas arriba».

Las diferencias entre el paradigma del escritor y el modelo dialectal de la novela radican únicamente en que éste último puede ofrecer variantes libres en los referentes de masculino y neutro: /le - li/, /lo - lu/. Pereda observó probablemente tales variaciones en el dialecto de Polanco (esquema II), y quizá oyó también vocales abiertas y cerradas en el occidente (/lu/lo/, con valor fonológico, del paradigma I; /le - li/ para el complemento = compl. indirecto = objeto indirecto), pero no alcanzó a comprender los valores internos. Las distintas formas fónicas las acomodó a su propio sistema. No pasó, pues, del nivel expresivo. No obstante, debemos señalar también que los personajes de *Tablanca*, en algunas ocasiones, muy pocas, utilizan /lu - lo/ como referente de sustantivo masculino (caps. IV, XIX y XX).

Las conclusiones son evidentes: el texto de la novela no refleja las estructuras internas del dialecto montañés en ninguna de sus variedades (diatópicas y diastráticas). El sistema que utilizan los personajes locales es análogo al del escritor. Las diferencias se manifiestan esencialmente en la sustancia de expresión, no en la forma de contenido<sup>33</sup>. (En este sentido sólo podrían señalarse la construcción de las frases: «cuidada» / «descuidada», y algunos fenómenos aislados de carácter dialectal que ahora no vamos a comentar). Para mayor abundamiento, enunciemos simplemente otra prueba: el dialecto cántabro originario no era laísta (las personas adultas de las comarcas montañosas del interior conservan aún los usos etimológicos; también en Tudanca), en la novela de Pereda, sin embargo, aparecen numerosos laísmos.

8.—A pesar de todo, tales argumentos no nos permiten afirmar que los valores de contenido dialectales fueran total-

---

(33) Así se explica que algunos datos recogidos en los libros no respondan a la verdadera realidad dialectal. Por ejemplo, sin salirnos de esta última cuestión, el propio Menéndez Pidal escribe: «El *lo* acusativo masculino es de uso común en Asturias... Chocaría en Asturias manera de decir como esta de Santander: *dende que tuví dientis pa royeli, estov ganandu el pan en casa ajena (Peñas arriba)*». *El dialecto leonés*. § 20.2. Pero resulta que en el occidente montañés se emplea ahí el referente /lo/. v en la mitad oriental /lu/, nunca /li/ (o /le/), ya que se alude a «el pan» considerado como «sustancia indeterminada», «continua» o «no contable». La variante /li/ que aparece en el texto corresponde a un /le/ del escritor, pero modificado fónicamente.

mente ajenos a la manifestación oral de Pereda. Sin duda, debía de disfrutar de un nivel de lengua próximo al español «culto», pero, probablemente, matizado por ciertas características regionales. Sin salirnos del fenómeno morfosintáctico que nos ocupa, creo que podemos encontrar restos del sustrato montañés aflorando en sus escritos. Para ello hay que tener en cuenta la «situación comunicativa» del novelista: utiliza el modelo correspondiente a la lengua escrita, y no el sistema de uso oral (su propio sistema, el cual, Pereda, nunca se propuso transcribir).

El leísmo casi absoluto de «*Peñas arriba*» puede interpretarse, sencillamente, como una exigencia de la modalidad escrita de un autor maduro, cuyo modelo de corrección, probablemente, se encontraba en nuestros clásicos (eminentemente leístas). Si en esta obra el leísmo es más acusado que en ninguna otra, se debe a que Pereda ha alcanzado el dominio pleno de «su» lengua escrita. Las vacilaciones posibles, producto de las interferencias con la modalidad oral, apenas existen. Es tal la seguridad, que ni tan siquiera aparecen cuando hace hablar a los personajes populares.

Pero si atendemos al conjunto de sus escritos, podremos observar que el referente /lo/ aparece con cierta frecuencia, y especialmente cuando se trata de nombres «no contables». Resulta, pues, que Pereda se halla próximo al modelo IV: *vendía «vino»... para que cada consumidor «lo» bebiera en su casa* («*Peñas arriba*», cap. VIII), *Tras «el ganado»... apareció la gente que «lo» había conducido* («*El sabor de la tierruca*» cap. XVII), *A volver iba al arca «este pan»... Si tú «lo» quisieras...* («*Sotileza*» cap. IV).

Incluso, en el habla de los personajes típicos encontramos ocasionalmente un /lo/ que parece referirse a femeninos «no contables» (paradigma III, en el caso de Pereda): *Conque..., cádate que le dice en esto el enanuco: Coge de «esta tierra» que ves junto a mí y échate«la» en el pañuelo. Asombróse el mozo..., y tornó a decirle el enanuco: Coge«lo», hombre, sin recelo, que de «ello» tengo yo llenos los mis palacios* («*El sabor de la tierruca*» cap. XV), *Más «caro» vende Parrenques*

*«pura metralla», y no falta quien se «lo» tome («La puchera» cap. II), ¡Bien sé yo qué es «jalea», puño!... Una vez «la» caté... se «la» dio a mi madre una señora del muelle... Yo creo que «lo» trincó. También yo se «lo» trinqué a ella una noche y me zampé media caja («Sotileza», cap. II).*

Si aparecen tales usos precisamente en boca de los personajes populares, no se debe a que Pereda pudiese conocer teóricamente el funcionamiento del sistema regional (hemos demostrado que no era así), ni tampoco a que transcribiera al pie de la letra lo que oía (ya que eran textos y contextos diferentes), la explicación más probable es la siguiente: cuando se intenta remedar en la literatura el lenguaje popular (especialmente si está emparentado con el «estilo familiar» propio del escritor), la atención que exige la lengua escrita se relaja, la «calidad» del mensaje se descuida, y, en consecuencia, afloran tímida e inconscientemente las formas de contenido típicas del lenguaje coloquial del escritor. Obsérvese, además, en los ejemplos propuestos, que las concordancias dialectales ocurren sobre todo cuando referente y referido están alejados en el texto; si se hallan próximos, aparecen las concordancias del español, se imponen los esquemas escolares.

Si se aceptan estos razonamientos, hay que admitir la presencia del sustrato dialectal en la modalidad hablada, y a veces en la escrita, de nuestro ilustre costumbrista don José María de Pereda y Sánchez de Porrúa.

FRANCISCO GARCÍA GONZÁLEZ  
Departamento de Lengua Española  
Universidad de Oviedo